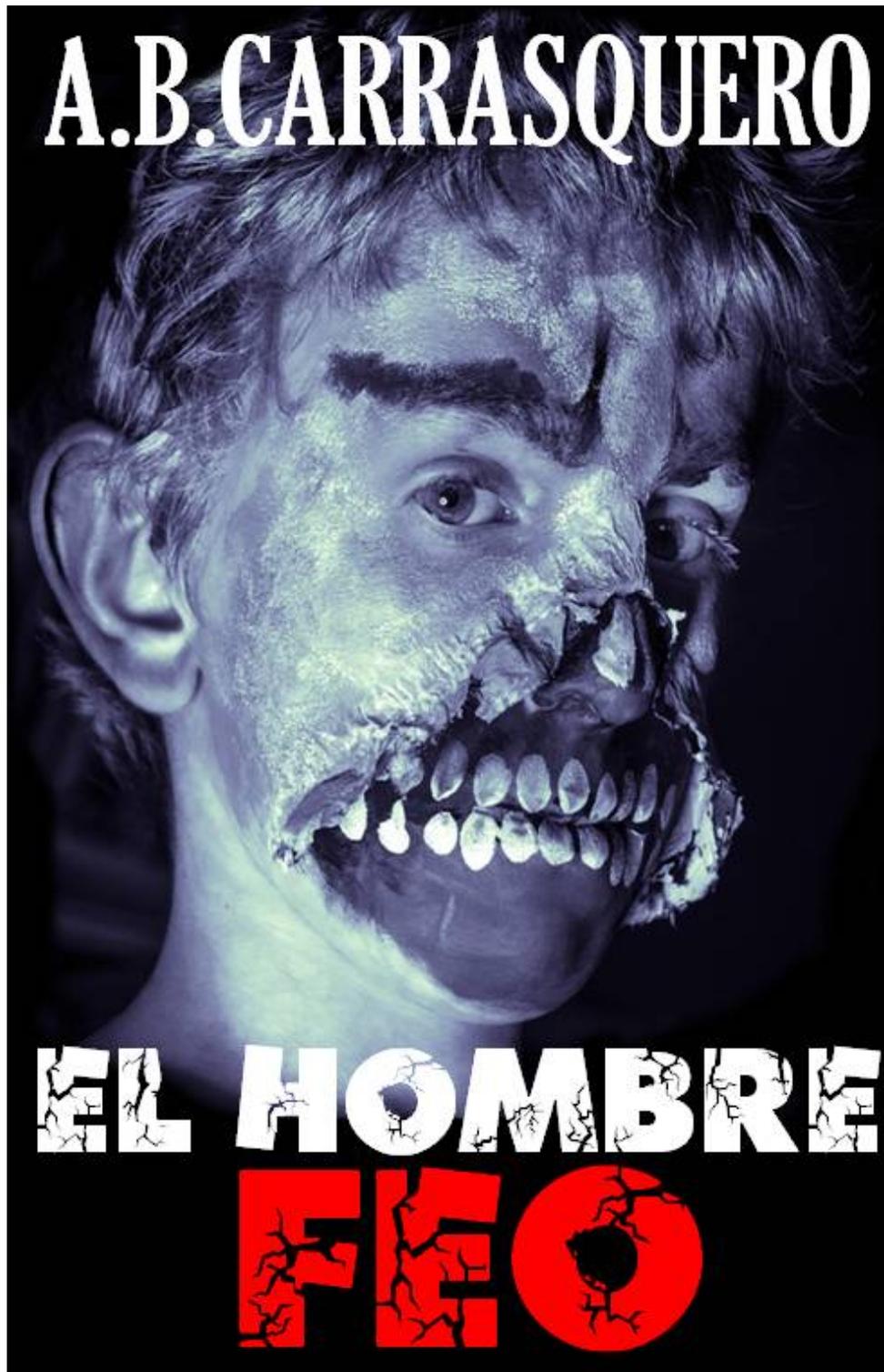


El hombre feo

A. B. Carrasquero



Capítulo 1

Me miro en el espejo y no sé lo que veo, pero cuando me acuerdo de mi tormentoso pasado, me siento como un ángel despreciado y marginado cuando en realidad era un hermoso Lucifer alado, odiado por su belleza.

¿Pero cómo iba a pensar que era guapo cuando mi propia madre me lo prohibía? Todo inició desde que ella sucumbió en el cáncer y mi padre murió en un accidente de auto. Ella estuvo deprimida, enojada y frustrada hasta tal punto que quebró todos los cristales de la casa, porque a según veía allí el reflejo de su propio tormento: el recordarse de que padecía una enfermedad y, encima de eso, había perdido a su esposo. Sin embargo, su sufrimiento fue más allá de lo que cualquiera hubiese pensado, puesto que todos los cristales rotos fueron llevados al patio quemándolos con fuego y azufre, cuyo olor desagradable me obligó a taparme la boca y la nariz cuando tenía apenas quince años.

Repentinamente ella había entrado a mi habitación sin permiso, me abofeteó cinco veces en cada mejilla y me dijo:

—¡A partir de ahora serás igual de feo que tu madre! ¿Quedó claro?

—Pero, mamá...

Otra bofetada inmisericorde.

—¡Cuando tu madre te dice que eres feo como ella, hazle caso!

Y tuve que hacerle caso, no me quedó de otra.

Cada día, mes, semana y años que transcurría, ella se ponía peor en salud. Fue sometida a las temibles quimioterapias después de haberse rasurado toda la cabeza, quedando solamente un cráneo brillante bajo la luz fantasmal de los bombillos y el sol. Durante las sesiones, repetía una y otra vez su fealdad, su horrenda imagen y el castigo que Dios le otorgó por... no sé, por vanagloriarse así misma cuando ella era una mujer encantadora, siendo ahora una masa de grasa a falta del ejercicio y la comida chatarra que ingería, y deteriorada de pies a cabeza por su interrupción a las sesiones de la quimio por su propia cuenta, cuando estaba prohibido (si quería vivir).

¡Pero ella ya no quería seguir viviendo! Su locura la llevó a pasar horas y horas sentada en su mecedora enfrente del televisor: primero veía hasta altas horas de la noche los concursos, después las telenovelas y terminaba por ver las noticias; después de eso, su demencia fue incrementando: empezó a olvidarse de que debía cocinar, limpiar la casa, lavar la ropa y demás oficio, para pasar más horas ante el maldito televisor. Sin

embargo, como bien dije del incremento de su locura, se compró una cabeza de maniquí e hilo amarillo con que inició a tejer su propia peluca, convirtiéndose en el nuevo pasatiempo ante la caja con rostro de vidrio.

Cada vez que yo llegaba del colegio con el rostro sucio, a veces golpeado o repleto de saliva cuando los imbéciles bravucones me escupían sin piedad; la miraba allí sentada, oscilando delante y hacia atrás mientras peinaba su peluca con deleite para iniciar una segunda capa encima de la cabellera rubia artificial.

El día en que mi decisión por ser el hombre más hermoso del mundo llegó a su límite más alto, ella se encontraba con la mirada vaga y tejiendo con afanosa agilidad su obra maestra que había perdido a causa del cáncer. La vi con profunda compasión. No era su culpa que cayera en esa enfermedad, pero sí era que me obligara a sentirme feo y despreciado por la humanidad. La saludé, ella me ignoró; Le daba igual quién le dirigiese la palabra y quien no, a excepción de los protagonistas de las telenovelas a quienes sí prestaba absoluta atención.

Caminé hasta mi habitación y me tumbé en la cama con el estómago vacío y lleno a la vez. No había comido y debía preparar el almuerzo, pero una parte de mí se alimentaba del odio a los que me torturaban día tras día, llamándolo como una nueva moda «Bullying». ¡¿Y a mí qué me importa cómo se llame?! Lo cierto es que yo era muy introvertido, escondido en la sombras de algún rincón escribiendo en clase y recordándome a mí mismo lo horrendo que era. Veía a mis compañeros, a los chicos más populares, tener a todas las chicas de la secundaria a sus pies; tener lujos que pocos podían y tener lo que yo siempre deseé: un rostro perfecto, un cabello perfecto, músculos marcados y perfectos y una vida excelente y perfecta; en vez de esta putrefacta y viciada vida del carajo a la que se me fue conferida.

Entre todos los muchachos que había en el salón, solo uno atraía mi mirada hacia él y parecía cumplir con mi obsesión: Laynus Romero. Era el más reconocido en la secundaria —aunque no por su inteligencia—, tenía una espalda ancha, el cabello marrón, liso y brillante; unas cejas pobladas y perfiladas que volvían sus ojos café más encantadores que nunca. Lo mejor de todo era cuando lo miraba jugar fútbol y se quitaba la camisa de deporte mostrando su marcado cuerpo perlado en un brillante sudor, que mis ojos deseaban tener y ser yo quien tuviese cada ápice de su cuerpo como si fuera el mío. Aunque era algo imposible de hacer, ya que él era el chico más guapo de todos y yo deseaba cuanto antes tener su don de la belleza.

Me importaba un bledo si la naturaleza le pasaba factura a Laynus volviendo su encanto masculino al más feo, marchito y arrugado que nunca se haya contemplado jamás; mientras que yo tuviese a mi posición ese deseo, no había fuerza suprema que me detuviera. No obstante, volví

a la cruel realidad con olor a basura podrida, los zumbidos de las moscas ir y venir y las cucarachas salir por cualquier rincón de la casa; como nadie limpiaba la casa, siempre estaba sucia, y mi tiempo no era tanto como para dedicarme por completo a esa labor. Así que preparé un almuerzo a base de los últimos enlatados que había. Le di un plato a mamá que ni lo miró, para irme a mi habitación y hacer mis tareas.

Después de almorzar, estudiar y descansar, la viva imagen de Laynus volvía a mi mente y me excitaba el odio hacia lo que ese día me había hecho sentir. Pues, mientras me encaminaba a casa, él apareció con sus amigazos para darme una buena golpiza, escupirme en la cara, obligarme a tragar su saliva y dedicarse a marginarme en frente de las casas de nuestra urbanización. ¡Qué vergüenza! Si mi padre hubiese estado vivo, me hubiera enseñado a defenderme, pero lo único que lograba hacer era transformar mis lágrimas y mi dolor en el más puro odio hacia él, aunado a mi testarudo deseo de tener su encanto y su piel.

Fue ese día en que decidí hacer mi cometido: en volverme hermoso con la fuerza de Laynus. Sabía en donde vivía, éramos vecinos por cuatro casas de separación. Así que agarré mi chaqueta y me propuse a salir, deteniéndome en seco al percatarme de la cocina. Mi madre —muy raro en ella— se encontraba lavando los platos como si estuviera hipnotizada. Avancé dos pasos y advertí el destello que lanzó algo en la sala, donde ella solía ver televisión. La Tv estaba prendida mostrando un anuncio publicitario y aquel objeto volvía a lanzar destellos blancos hacia mí, como si supiera lo que haría. Me acerqué hasta la horrenda peluca hecha por mamá y lo miré: un exacto cuya hoja metálica reflejaba de forma atrofiada las imágenes de otra publicidad, me llamaba a gritos.

No dudé y lo agarré para salir caminando a las afueras de la casa. El cielo se había encapotado de negrura y estrellas, revelando una luna amarilla emerger de detrás de las lejanas montañas. No me propuse a mirar el panorama, me propuse ir a la casa de Laynus. Durante el corto trayecto, jugaba con el exacto, sobre su uso y el cómo lo usaría; mi cerebro recreaba las más vivas y macabras escenas, asesinando a mi agresor como mejor sabía hacerlo gracias a los cuentos de terror, a las novelas de crímenes y a las sagas de *Scream* que solo enseñan una cosa: a matar.

¿No es acaso esta la verdadera naturaleza humana? ¿La esencia más pura y fría causada por el pecado original y cuyo primer crimen fue hecho por Caín y Abel? Pues, de algo estaba seguro esa noche: yo sería Caín y el bravucón optaría por el papel de Abel, se negara o no.

De repente me paré ante la casa de Laynus: una mansión de dos pisos de color blanco con esquinas doradas, con todas las luces apagadas —al parecer, ya debían estar durmiendo—, sin cercado alguno y con el paso libre hacia el interior de ésta. ¡Pero no entraría a la casa, sino al patio! Mucho se rumoraba del dónde dormía, y allí me encontraría yo para

embestirlo. Así que caminé hacia el garaje de autos lujosos, los rodeé con sumo cuidado para no hacer el más mínimo escándalo y llegarme a la parte trasera, en el que un amplio terreno de césped se extendía hasta una piscina, donde el azul y el reflejo blanco de los movimientos ondulantes del agua hacía del lugar algo encantador; excepto por mi sucia y horrenda presencia.

Caminé en puntilla a la segunda ventana de la planta baja de la mansión, en el que un haz de luz fantasmal se filtraba por los cristales hacia el exterior. Me acerqué con sigilo para ver a Laynus salir del baño con tan solo unos shorts a medio muslo, enseñándole al chico que humilló ese día su hermoso cuerpo para odiarlo más que nunca, admirando a su vez el rostro perfecto que me haría más hermoso de lo que siempre había soñado. Como dice el famoso dicho: «Los ojos son la ventanas al alma», y sus ojos reflejaban el alma a flor de piel, mientras que la mía solo reflejaba un demonio, no más. Laynus se acostó, apagó la luz y sucumbió su cuerpo en la negrura de la noche.

Esperé a la medianoche.

Llegado el momento —cuando la luna amarilla estuvo blanca y muy alta en el cielo, haciendo el trabajo de las farolas de iluminar el ambiente— abrí con cuidado la ventana hacia arriba, irrumpí en la habitación con una precisión que a mí me sorprendió y me aproximaba al chico dormido. Era todo un ángel; un dios griego en una juventud perfecta y deseosa. Saqué el exacto de mi bolsillo con el fin de clavárselo en el pecho y hacer de su belleza la mía, pero sabía que haría mucho ruido, así que lo guardé. Y con una velocidad rápida que ni él mismo se hubiese percatado, me subí a su torso. Laynus se despertó de sobresalto con el fin de gritar o golpearme, para ser ahorcado cuando le rodeé mis manos su cuello, apretando con fuerza. Él forcejeaba, era más fuerte que yo —en todos sus aspectos—, pero esa noche era yo quien tendría el control de la situación.

No sé cuánto tiempo duré ahorcándolo, pero Laynus —entre sus chasquidos secos y alaridos ahogados— dio dos patadas débiles quitándose la sábana de encima, mostrando una expresión de asombro, de horror y de miedo a lo que sea que le haya quitado la vida; y ese «a lo que sea» me hizo sonreír, me hizo sentir terriblemente feo porque me transformaría en lo más bello del mundo entero. Cuando por fin la cabeza del chico cayó en la almohada, sin vida alguna, me propuse a relajar sus facciones dejándolo como si siguiera profundamente dormido; extraje el exacto de mi bolsillo, volví a sacar la hoja metálica y brillante que rompía parte de la oscuridad de la habitación, para deslizarla sobre la frente de Laynus e ir trazando un óvalo alrededor de su rostro mientras manaba sangre como nunca antes.

Del mismo modo, rodeé sus finos y pálidos labios en un óvalo para guardar el arma, agarrar el corte hecho en la frente e ir extrayendo con

cuidado el rostro de Laynus. La carne se separaba del cráneo con mucha facilidad, brotando sangre a raudales y sintiendo una extraña e indescriptible sensación de viscosidad, fusionado a la alegría y curiosidad que proporcionaba mi crimen atroz; mientras otros deseaban tener sexo con alguien como Laynus, yo le robé lo que más me encantó de él y hacerlo solamente mío. Cuando tuve la piel del rostro fuera de la cabeza del muchacho muerto, la giré viendo la rojiza carne seguir expulsando sangre. Me la llevé a mi cara poniéndola como una máscara que me hizo sentir el hombre más guapo y perfecto del mundo.

Sentía la energía de Laynus, su calor, su virilidad, sus músculos... En fin, todo de él surtiendo efecto en mi horrendo cuerpo. Podía ver el día de mañana ser amado por muchas chicas; ser alabado por los que se burlaron de mí, pidiéndome perdón por tan mal trato ofrecido durante años y le enseñaría a mi madre que cambié mi rostro por el de Laynus, quien ahora mostraba una horrenda sonrisa de carne y hueso que antes me pertenecía.

Me hubiese quedado más tiempo en esa habitación, encima del chico quien trasfundía toda su belleza en mí, sino hubiera sido por su estúpida madre irrumpir en la habitación y gritar ante mi presencia, para luego dar un alarido de horror al prender la luz y dejar a la vista mi grotesco crimen. Como entré al cuarto de Laynus, salí como un bólido de allí por la ventana. No me quité en ningún momento la máscara carnosa de mi rostro; podía ver con los mismos ojos que ese chico muerto vio alguna vez, podía sentirme más ágil y seguro al correr: él me había poseído y yo controlaba su energía a mi modo, a mi conveniencia.

Salí del garaje y el padre de Laynus dejó libre a sus dos Dóberman que me persiguieron hasta mi casa en donde entré, dejando que las bestias negras rasguñaran la puerta. Corrí hacia mi habitación lo más rápido que pude. Mi madre estaba sumida en su fealdad y dolor, pero cuando crucé el pasillo reparé de prisa que se había sobresaltado, pues el rostro del muchacho hacía sus efectos en mí. Sin embargo, no había pasado ni diez minutos cuando la puerta de la casa fue tocada varias veces, y la voz de un policía había dicho que abrieran o la empujaría.

Nadie se inmutó a tal acto, por lo que con una patada la derribaron. Yo entré a mi cuarto sintiendo como el miedo también hacía mella en lo hermoso en que me había convertido. Los policías entraron gritando que levantaran las manos los que estuviesen por allí escondidos, unidos al grito de una mujer que profería: «¡Era un joven! ¡Era un joven y tenía la cara de mi hijo! ¡Oh, Dios!», era la mamá de Laynus. Mi madre también gritó, se la llevaban consigo mientras el resto de los polis recorrían de punta a punta la casa, hasta llega a mi guarida que cerré con seguro.

—¡Abra la puerta o la derribamos!—gritó uno de ellos.

—¡Hagan lo que se les antoje, pero soy único y especial! ¡Lárguense!

Y no se largaron. Tumbaron la puerta y atravesaron el umbral apuntándome con el arma. Uno de los policías se sobresaltó y exclamó «Santo cielo» al ver mi sanguinario encanto. El otro simplemente me agarró del brazo, me acostó en la cama con rudeza, para colocarme las esposas y decir:

—Todo lo que digas, hombre feo, será usado en tu contra.

Acto seguido me levantó, la máscara se me cayó y exigí a patadas tenerla otra vez en mi rostro. Me sentí feo, desnudo y más humillado que antes al no tenerla puesta; sentía como mi hermosura, breve y encantadora se quedaba encima de mi cama, siendo comida para las moscas.

Por suerte, mi obsesión se convirtió en una enfermedad que me ha hecho garabatear este suceso en la mugrienta pared del psiquiátrico, con la cara ardiendo de dolor y las lágrimas surcar mis mejillas engullidas por la depresión y mi horrenda pinta. Lo que puedo decir, antes de que dé un paso al frente y la muerte consuma mi desgraciada vida, es que mi madre se encuentra en mejor estado que yo. El tumor cancerígeno de su cerebro fue arrebatado, se recomponía y preguntaba por su hijo asesino al que llamó feo y cuya fealdad era falsa, puesto que cuando me vi en el espejo de la habitación del psiquiátrico entendí el porqué ella quemó todos los espejos de la casa: porque yo era perfecto, era todo lo que Laynus había sido alguna vez.

Y por esa razón, mi odio creció de nuevo —no en contra del difunto y sexy Laynus—, sino hacia mí. Aesté a golpes el mal nacido espejo, le reprendía, le gritaba una y otra vez su ausencia en mi vida; maldecía su existencia y todos los que cada hogar, edificio, ciudad, país y continente tenían en alguna parte para verse, y recordarse quiénes eran realmente. Golpeaba el cristal hiriéndome los nudillos, quebrando al mismo tiempo un trozo de ese espejo que cayó al suelo sin siquiera quebrarse. Lo miré atónito y no dudé en agarrarlo, deslizarlo por mi rostro y quitármelo de encima, para volverlo a poner donde estaba y hacer de mi nueva belleza, la más envidiada por todos los hombres del planeta.